

Víctima: Antoni Pascual Galmés
Autoría: Francesca Pasqual Perelló

Estimado abuelo Toni,

Aquello que ahora llevo dentro de mí es el peso de una deuda pendiente, porque esto es lo que siendo cada vez que pienso en ti, abuelo.

Y en cómo fue posible que en toda mi niñez y en mi juventud nunca me plantease qué le había pasado a mi abuelo Toni.

— El abuelo murió en la guerra.

Me hago cruces por, durante tantos años, no haberme planteado más cosas, no haber pedido más detalles, no haber imaginado cómo fue tu muerte. «¿Era soldado?», «¿Fue una bomba?», «¿Dónde está enterrado?». Un fusilamiento no entraba para nada dentro de mi imaginario.

Desde que tengo más criterio no puedo entender aquella aceptación tan pasiva que tuve respecto de tu muerte. No te moriste: te mataron, fríamente o en caliente, no lo sé, pero te arrebataron la vida.

La abuela Francesca no hablaba nunca. De hecho, ella llevó el luto tan profundamente que murió muy joven, cuando yo solo tenía nueve años. Demasiado temprano para el despertar de mi amodorrada conciencia.

La abuela se quedó sola, con tres niños pequeños, con el disgusto, y nada más. Los fascistas se llevaron su alegría, pero también todo el menaje de la casa. Ni ropa, ni vajilla..., ni nada: ni ropa de luto le dejaron traer. En pocos días perdió el color de los cabellos, que le quedaron blanquísimos para siempre; a partir de aquel desastre, nunca más volvió a menstruar. Había envejecido de repente. Tuvo que hacer mucho trabajo y mal pagado, y sufrió el rechazo de muchas familias que no querían por su casa la mujer de un rojo, ni siquiera para fregar la escalera.

Esto es lo que empecé a interpretar poco a poco, abuelo. Tu mujer, mi abuela, a pesar del dolor, consiguió sacar adelante a sus hijos sin contagiar a su familia con el rencor y la rabia que tanto daño ya habían hecho. Era apacible, dulce y paciente. Nos transmitía paz, leyéndonos fábulas a los cuatro nietos, que nos sentábamos alrededor suyo, al lado del pino que nos daba sombra mientras esperábamos que bajara el sol del verano.

He hablado de la abuela, porque no sólo te mataron a ti; también extendieron el sufrimiento a tu familia. Tu hijo, mi padre, era progresista en todo, pero nunca nos habló de



un hecho tan doloroso. Tal vez para evitar que, en otra guerra, nos pudiera pasar a nosotros una cosa terrible, como lo que te habían hecho a ti...

De ti, abuelo, he sabido que eras un hombre fuerte, trabajador y generoso, que dejaste de cultivar en el campo para regentar un café en Sa Bassa de Manacor, con la intención de que, así, tus tres hijos pudieran ir a la escuela y tuvieran más oportunidades en la vida.

No eras peligroso para los fascistas. Nunca te habían detenido, viviste tranquilo hasta el día 5 de septiembre del treinta y seis, al día siguiente de acabar la batalla del Port. Supe que te habían ejecutado vilmente por el «Diccionari Vermell» de Llorenç Capellà. Los hombres de Bayo habían reembarcado y con las prisas dejaron en tierra decenas de soldados o milicianos, que se rindieron a los fascistas. Estos, antes de matarlos, los exhibieron en Sa Bassa, horas y horas bajo el sol de septiembre. Un miliciano se mareó y tú, abuelo, generoso y humano, le llevaste un vaso de agua para aliviarlo. Los fascistas te lo recriminaron y tú proclamaste que el miliciano también era una persona. Un grupo de gente que miraba te apoyó y los fascistas callaron. Pero al día siguiente te vinieron a buscar, armados de fusiles, y nunca te volvimos a ver.

¿Qué pasó? ¿Por qué tanta rabia? Ahora, desde hace años, pienso mucho en ti. Cómo eras y qué te gustaba. Qué esperabas de la vida y de tu familia. Si sufriste mucho... y me siento muy cercana a ti, y no puedo consentir que eliminaran, también, tus restos, para no dejar rastro. Estoy muy agradecida a la gente que trabaja para recuperar la memoria. Y espero que, con las tareas de excavación que hacen en Son Coletes, un día puedan encontrar tus restos y te podamos recuperar, porque todavía te esperamos.

Tu nieta,

Francesca Pasqual Perelló